

Costal, con la sangre fría de un calafate que trabajase en sólido taller, se ocupaba, con ayuda de su cuchillo, en abrir á lo largo de la quilla carcomida del bote, entalladuras bastante profundas para enganchar las manos, repitiendo, con su voz tranquila é irónica :

— Agárrese siempre bien y no confíe mucho en los santos.

Bien pronto practicó bastantes y grandes aberturas para pasar los dedos y agarrarse de manera que no los arrastraran las olas que crecían á ojos vistas.

Cuando ambos se hubieron asegurado en tan débil máquina, los ojos de Costal trataron de penetrar á través del velo de tinieblas que los envolvía ; pero los relámpagos más frecuentes ya, no le dejaban ver sino un mar negro y amenazador y allá á lo lejos, la imponente mole de la fortaleza sitiada.

Las balleneras se hallaban invisibles ; y ni el eco respondía á los gritos que exhalaban los dos náufragos llamando á sus compañeros.

CAPÍTULO IV

LA GUADALUPE

El-desgraciado que flota á voluntad de las olas y del viento sobre un misero despojo de su barco despedazado, se encuentra apenas en una situación más desesperada que la del Indio y el capitán don Cornelio, ambos á caballo sobre la quilla de un bote que un golpe de mar podía hundir para siempre. Con que el viento creciera ó las olas aumentaran, era inevitable la pérdida de los dos aventureros.

Una vaga esperanza de que el Indio le libertase de este peligro, como de muchos otros de que la intrepidez de Costal le había arrancado, era lo único que sostenía al ex-estudiante de Teología. Así pues, examinaba con profunda atención los menores síntomas que le permitieran juzgar del estado de espíritu del zapoteca.

Hasta allí, su inalterable sangre fría no se había desmentido ; sin embargo, á medida que transcurría el tiempo sin distinguir las balleneras, las facciones de Costal se iban tornando sombrías y don Cornelio temblaba. Hay sin embargo distancia entre la inquietud y el desaliento ; y Costal, al parecer, no se encontraba sino en la primera de estas dos fases.

— ¡ Y bien, Costal ! — preguntó don Cornelio para

hacer romper al zapoteca el silencio de mal agüero que guardaba.

— ¡Y bien! me sorprende que las balleneras no se hayan conmovido con este cañonazo. El mariscal, de ordinario, no tiene necesidad de oír dos para...

Una ráfaga de viento que pasó silbando, se llevó las últimas palabras del Indio.

Costal cayó otra vez en su espantoso silencio. Un matiz más obscuro de inquietud se pintó en su rostro. Era casi el temor que traicionaba su máscara de bronce hasta entonces tan impasible.

Lantejas sabía que, cuando Costal manifestaba la más pequeña emoción, el peligro debía de ser muy terrible: la horrorosa evidencia del que él estaba corriendo, no necesitaba de pruebas; pero don Cornelio contaba con algún recurso imprevisto que suministraría el invencible valor del zapoteca.

Se creyó casi salvado cuando oyó que le decía el Indio:

— Señor don Cornelio, ¿qué no daría Ud. por encontrarse acostado en una hamaca con enlazamientos de serpientes de cascabel y grupos de tigres por coronamiento de lecho?

Costal bromeando, era buen signo. Sin embargo, bien pronto dijo en tono inquieto:

— ¿Por ventura habrán vuelto sobre sus pasos nuestros compañeros?

En una situación tan terrible como aquella, las menores suposiciones enfadosas se convierten en certidumbres; y el capitán no dudó ni por un instante que las balleneras hubiesen regresado á la orilla que dejaran dos horas antes. Semejante sospecha era sin embargo absurda. Era más natural suponer que, en espera de las noticias que el bote debía llevarles, se habían quedado en el mismo lugar, ahora sobre todo, pues que las desconfianzas de los que las montaban, se habrían indudablemente despertado por la detonación que no habrían dejado de oír. Esta última probabilidad no tardó en ocu-

rrírsele á Costal que parecía reflexionar más profundamente.

Sin embargo, el oleaje era ya bastante grueso para hacer sufrir á la canoa violentas sacudidas; y, según silbaba el viento, era fácil prever que engrosaría aún más.

— Escuche, señor don Cornelio Lantejas (debimos haber dicho más antes que desde que se hallaba proscrito con el nombre de Lantejas, este nombre parecía siempre enojoso á don Cornelio; más que nunca le pareció esta vez de mal agüero). Escuche: yo sé que la muerte no lo asusta. Pues bien: yo no debo ocultarle que dentro de una hora, las olas nos habrán hundido, si esperamos que crezcan más.

— ¿Qué hacer? — exclamó el capitán con desesperación.

— De dos cosas una — respondió Costal — ó las balleneras nos esperan ó se dirigen hacia la isla; suponer que hayan regresado, es absurdo pensándolo bien. Cuando se recibe de un general la orden de atacar un punto cualquiera, no se regresa sin haberlo intentado. Así pues, como todavía me es fácil nadar hasta las embarcaciones....

— ¡Nadar hasta las embarcaciones! ¿Lo cree Ud.?

— ¿Y por qué no?

— ¿Y nuestros compañeros devorados ante nuestros ojos?

Un relámpago que brilló en aquel instante, permitió ver el gesto de profundo desdén que se hallaba impreso en la fisonomía de Costal.

— ¿No le he dicho ya que tal vez solo yo podía nadar sin temor en medio de los tiburones? Lo he hecho cien veces por valentona: lo haré ahora por conservar nuestra vida.

La idea de quedarse solo espantaba al capitán; la de una muerte próxima é inevitable para ambos, no era menos terrible. Vaciló un instante antes de contestar; y Costal, tomando por consentimiento su silencio exclamó:

— Tan pronto como llegue á bordo de una de las embarcaciones, dispararé uno de los cohetes de señales que hemos embarcado; entonces Ud. entenderá que no debe hacer otra cosa que esperar y gritar con todas sus fuerzas.

Antes de que don Cornelio tuviese tiempo de contestarle una sola palabra, el intrépido nadador se lanzó de cabeza al agua, bajo la cual pudo seguirle el capitán por la luminosa línea que trazaba; y cual si los feroces huéspedes que el mar abrigaba en su seno hubiesen reconocido un poder superior, vióse á los tiburones huir ante quien los desafiaba. Ello es verdad que se hallaban bien comidos. El capitán vió reaparecer á Costal bastante lejos en la superficie del agua; luego le perdió de vista tras la cresta negra de las olas, pareciéndole que el viento le llevaba palabras vagas de aliento. Después, no oyó sino los rugidos todavía lejanos del viento y el lúgubre batir de las olas sobre las temblorosas tablas del bote.

Por hartó que se encuentre un tiburón, es muy raro que su natural voracidad se aplaque jamás; y cuando el Indio, que no había olvidado su antiguo oficio de buzo, reapareció sobre el agua y, con su cuchillo entre los dientes, dirigió á su compañero de infortunio las palabras de aliento de que la brisa le llevara nada más que fragmentos confusos, el zapoteca miró á su alrededor.

No era miedo: era prudencia.

Dos de esos tigres del Océano, más temibles mil veces que los que merodean por los bosques, nadaban en la misma dirección que él, uno á su derecha y otro á su izquierda, como á veinte pies de distancia. Por terrible que fuera semejante compañía, la costumbre que había adquirido en los bancos de perlas, su imperturbable creencia fatalista, la preocupación además que naturalmente debía inquietarle de no encontrar las balleneras, todos estos motivos juntos desviaban al Indio de prestar cuidadosa atención á aquellos peligrosos compañeros de viaje.

Costal, sin embargo, por prudencia y no por miedo, lo repetimos, volvía de cuando en cuando la cabeza para asegurarse de la posición de sus dos enemigos; y cada vez le parecían más próximas sus aletas.

Asimismo, hendiendo el agua con movimientos rápidos y vigorosos, el nadador trataba de penetrar á través de la obscuridad para descubrir el objeto de que pendía su vida; pero por todas partes sus ojos no veían sino un horizonte negro, vacío, á corta distancia limitado por la espumosa cresta de las olas.

Una ojeada que echó á su lado, le hizo advertir las dos siniestras aletas siempre aproximándose á él: ya no le separaba de ellas sino una distancia de diez pies.

Costal persistía en no tener miedo de los tiburones: sólo la inmensa soledad del Océano comenzaba á espantarle.

Por intrépido que sea un hombre, le es permitido indudablemente desfallecer un instante, cuando, abandonado á merced de las olas en un mar sin límites, escoltado por voraces tiburones en medio de la noche oscura y sin rumbo preciso, busca como último medio de salvación, un punto tan imperceptible como una ballenera.

Por vigoroso que se suponga á un nadador, su aliento se agota después de grandes y penosos esfuerzos, cuando un cuchillo apretado entre los dientes le impide aspirar á grandes bocanadas el aire que ansian sus pulmones. Pero Costal por nada del mundo habría abandonado su puñal cuya aguda y cortante hoja, constituía su única defensa contra los tiburones en caso de ataque.

El Indio sintió latir su corazón con más fuerza. Lo atribuyó á los esfuerzos que hacía y entonces cogió el cuchillo con una mano.

Las pulsaciones de su corazón no se hicieron por eso menos rápidas; digámoslo sin infamia para él: Costal tenía miedo. Nadando con un puño cerrado, debía redoblar los esfuerzos la mano que le quedaba libre.

No era, por lo demás inútil la precaución de tener listo el cuchillo á cualquier evento. Los dos tiburones co-

menzaban á adelantársele, convergiendo ambos hacia el punto por donde debía pasar.

Al nuevo aspecto que tomaba la caza perseverante y silenciosa de que era objeto, el Indio torció rápidamente á la derecha. Los dos tiburones cambiaron su dirección y continuaron nadando en conserva.

Largos y terribles momentos trascurrieron durante los cuales, obligado á cambiar su dirección hacia la derecha, se puso sin quererlo, en buen camino. Iba á deber su salvación á dos terribles enemigos encarnizados contra él.

Un grito de júbilo se escapó de su pecho anhelante á la vista de las tres balleneras que de repente se alzaron ante él danzando sobre las olas.

El Indio exhaló un segundo grito y un grito le respondió. Entonces reunió sus fuerzas desfallecidas para llegar hasta las balleneras, pues aunque le oyeran, no lo veían.

Desgraciadamente los dos tiburones guardaban, uno á izquierda y á la derecha el otro, el estrecho camino que debía seguir para llegar hasta la más cercana de las tres embarcaciones; y Costal habría agotado en dar una vuelta lo que le quedaba de fuerzas. Siguió pues el camino recto.

Con el cuchillo en la mano, y palpitante el corazón, Costal, presto á hundir su arma en las fauces del primer tiburón que las abriese, asustando á sus voraces enemigos con el gesto y con la voz, rodeó, como hace un navío perdido á través de agudos arrecifes, las dos masas negras de agallas fosforescentes. Sus ojos empañados y glaucos arrojaron sobre él miradas vídriasas. En seguida, las dos masas negras se alejaron.

Costal apenas tuvo fuerzas para agarrarse á una de las balleneras; y cuando extendidos los brazos hacia él lo levantaron suspenso en sus latidos el corazón, quedóse desmayado.

Su presencia refería bastante claramente la triste historia del bote. Vuelto Costal al conocimiento, nada tuvo

que agregar á la evidencia. He aquí lo que pensó el mariscal:

— No busquemos más el bote, señores — dijo — vámonos recto hacia la isla.

En seguida, quitándose el sombrero:

— Roguemos — continuó — por el alma de nuestros desdichados camaradas; por el capitán Lantejas sobre todo: perdemos en él á un valiente oficial.

Las balleneras siguieron su camino silencioso después de esta lacónica oración fúnebre de don Cornelio, quien esperaba siempre.

Volvamos hacia él, hacía el bote en donde el desgraciado oficial, solo en medio de los peligros que le rodeaban, contemplaba el océano lívido como la muerte en la carencia de relámpagos y fulgurando como un horno cuando arroja nubes que forman surcos de fuego. Escuchaba los silbidos del viento que fustigaba la onda como el jinete que excita su caballo con la espuela y con la voz; oía rugir las olas como el potro salvaje que se revuelve contra su jinete. Felizmente la borrasca estaba todavía en sus preliminares y podía mantenerse aún sobre su esquife. Muchas veces gritó; pero el viento le devolvía á la cara sus inútiles gritos con la espuma de las olas.

El auxilio no llegaba. Sin duda Costal se había ahogado ó lo habían devorado; y el desdichado capitán pensó que no le quedaba más que resignarse á su espantosa suerte. De repente, al resplandor de un relámpago le pareció ver aparecerse en la cima de las ondas y sobre una oleada de espuma, la forma larga de una barca y figuras humanas. Se estremeció de esperanza: mas cuando el relámpago se extinguió, otra vez las olas negras se presentaron á sus ojos, temblorosas y movibles, en el lugar de la visión.

Gritó aún; y el ronco sonido que partió de su garganta, perdióse en medio de los rugidos del mar y del viento. Estaba sin embargo seguro de no haberse equivocado; y solamente las olas que el viento levantaba,

podían ocultarlo á sus compañeros y mantener á éstos igualmente invisibles.

Pero bien pronto su certidumbre se convirtió en duda : el rayo de esperanza se desvaneció ; y otra vez contempló en toda su desnudez el horror de su posición.

De repente, en el instante en que levantado hasta la cima de una ola, pudo dominar por un momento su pequeño horizonte, percibió de nuevo muy distintamente al resplandor de un segundo relámpago, la misma barca y las mismas figuras humanas, pero en opuesta dirección. Las chalupas habían pasado junto á él sin verle. La ola se encorbaba á sus pies ; y perdía de vista á los salvadores que le buscaban donde no estaba.

Poco faltó para que en el paroxismo de aquella insana desesperación que se apoderó de él, se dejase arrastrar por una de las olas de que era el triste juguete.

El desgraciado se consideraba perdido sin remedio. Fascinado por el abismo que le atraía, exaltado hasta la insania por las fúnebres entonaciones del mar y del viento, iba á abandonar toda lucha, cuando del seno de las olas y á poca distancia, vió brotar un vivo resplandor y dibujarse en el sombrío cielo, una curva chispeante. Era el cohete de señal tan deseado. Entonces don Cornelio reunió cuantas fuerzas le quedaban y lanzó un grito al que la alegría y la desesperación juntas, prestaron sobrehumano estruendo. Lo oyó arrebatado por el viento, rebotando por así decirlo sobre la superficie de las ondas y morir á lo lejos. Después de un instante, durante el cual cuanto le quedaba de energía lo concentró para escuchar la respuesta á su llamada, oyó otro grito que luchaba contra el rugido de las olas : era la voz del Indio.

Cornelio gritó de nuevo sin descanso, hasta que su garganta desgarrada, se negó á producir sonido alguno. A cada vez, oía como un débil eco de gritos lejanos ; y sin embargo, el fulgor de los relámpagos le mostraba siempre el espacio inmenso, negro y vacío...

Al fin una de las balleneras llegó saltando hasta él. Las

manos de Costal y de Galeana se tendieron hacia él y agarraron las suyas y se sintió izado de la quilla del bote. Ya era tiempo : como Costal cayó desvanecido en el fondo de la embarcación.

Fácilmente se adivina lo que había sucedido. En el momento en que las balleneras acababan de alejarse de don Cornelio sin haberlo percibido, sin que nadie hubiese oído sus gritos, el Indio había recobrado ya sus sentidos y referido en pocas palabras la catástrofe de que el bote fuera víctima.

Se apresuraron entonces á dar la convenida señal, orientándose al resplandor de los relámpagos, por la posición de la isla y por la de la goleta y la del castillo. Costal, con la doble sagacidad del marino y del indio, reconoció á poco el lugar en que había dejado á su compañero de infortunio. Un instante más tarde, el primer grito exhalado por Lantejas, llegó á los oídos de Costal y vino á confirmar sus conjeturas. ¡ El capitán estaba salvado !

A pesar del alerta dado por *la Guadalupe*, las tres balleneras pudieron abordar la costa de la isla opuesta á la goleta, pues á causa de la borrascosa noche la guarnición nada recelaba.

Lantejas se hallaba aún desvanecido ; y cuando recobró el conocimiento, se encontró en la isla de la Roqueta sin saber cómo había llegado á ella. El ruido de los árboles cuyas copas se estremecían por encima de su cabeza á los embates de la borrasca que se hallaba en más alto grado de violencia, el estrépito del trueno que parecía conmover la isla hasta sus cimientos, todo aquello le pareció, al despertar, la más dulce melodía que jamás hubiese oído. Antes de llamar á Costal, á quien reconoció durmiendo junto á él ; examinó lo que le rodeaba. Diseminados en pequeños grupos, los hombres de la expedición, con sus armas en la mano, se hallaban de pie y silenciosos como en una emboscada.

— ¿ En dónde estamos ? — preguntó á Costal sacudiéndolo. — ¿ Cómo hemos podido llegar hasta aquí ?

— Del modo más sencillo. ¿Quién podría creer que sesenta hombres habían de aventurarse al mar con un tiempo semejante? Nadie seguramente. Así pues, ninguno de los españoles de la isla ha pensado en nosotros y hemos desembarcado sin dificultad.

— ¿Qué espera el mariscal para atacar?

— Que sepamos en dónde estamos y dónde está el enemigo. La noche está negra como boca de lobo y el cielo y el mar están furiosos.

La borrasca mantenía en seguridad á los mexicanos, por lo menos hasta que rayara el día; pues ignorantes como estaban de los lugares y de la fuerza de la guarnición española, un ataque imprevisto les habría sido funesto. Gracias á la tempestad, no se sospechaba su presencia.

Eran cerca de las cuatro de la mañana cuando Costal daba al capitán todos estos detalles. La borrasca continuaba creciendo; y el mar que chocaba violentamente contra la playa, amenazaba romper los cables de las embarcaciones, única esperanza de salvación en caso de una derrota. Don Cornelio echaba miradas asustadas á aquel Océano que estuvo á punto de tragárselo algunas horas antes. Vió que un hombre bajaba hacia la orilla y pensó que iría á apretar los nudos de los cables. En efecto: el hombre se inclinó; pero al cabo de un minuto Lantejas creyó oír el chirrido de un cuchillo rozando contra un objeto que se tratara de cortar.

— ¿Qué hace ése? — preguntó á Costal enseñándole al hombre ocupado en su tarea misteriosa.

— ¡Corta los cables, demonio! — respondió el Indio; y lanzándose inmediatamente hacia él, seguido del capitán, reconoció, al pálido reflejo de la espuma blanquizca de las olas, al mismo mariscal, á don Hermenegildo Galeana.

— ¡Ah! Es Ud., capitán — dijo Galeana. — Ayúdeme á cortar estos cables que están duros como cadenas de hierro.

— ¡Cortar los cables! ¿Y si nos vemos obligados á

batirnos en retirada ante fuerzas demasiado superiores?

— Eso es precisamente lo que quiero evitar — respondió Galeana sonriendo. Se bate uno mal cuando puede salvarse; y yo quiero que nuestros hombres se batan bien.

Nada había que replicar á la orden del caballeresco mariscal; y muy luego entre los tres, deshicieron ó cortaron los nudos de los cables.

— Está bien — dijo Galeana — ahora no tenemos más que hacer que sacar de las lanchas los cohetes de señales.

Obedecieron y largaron las amarras; y muy pronto las olas se llevaron las tres lanchas.

— Vaya á dormir hasta el instante en que lo mande á despertar — dijo Galeana. — Ud. tiene necesidad de sueño, capitán. Mientras tanto, Costal irá á hacer un reconocimiento en la isla para averiguar dónde está el enemigo. Es preciso que al apuntar los primeros rayos del sol, la isla y la goleta sean nuestras.

Y diciendo estas palabras, el mariscal echó sobre su rostro la falda de su capa y se alejó. Costal y el capitán volvieron á su puesto sin comunicarse sus reflexiones; y cuando el Indio concluyó de despojarse de los pocos vestidos que conservaba, se alejó á su vez, deslizándose entre los mangles, como el jaguar cuando acecha entre la maleza para sorprender al lagarto en las orillas de las lagunas.

En cuanto á don Cornelio, se quedó sin poder dormir. Aunque un poco extenuado por los peligros de las batallas de más de un año, la obligación que Galeana impusiera á sus soldados de vencer ó morir, le mantenía despierto. Pasaba su tiempo reflexionando acerca de las rarezas del destino que le lanzara, mal de su grado, á la peligrosa carrera de soldado. No hacía más que un voto; y era el de ver tomar lo más pronto posible aquella fortaleza de Acapulco en la cual le había prometido Morelos firmarle su licencia. Al cabo de una hora, Costal estaba

de regreso y le dió á conocer en substancia el resultado de su exploración, cuyos detalles iba á comunicar á Galeana.

Según los informes del Indio, la guarnición española, que él suponía componerse como de doscientos hombres, se hallaba atrincherada en una especie de fortín de tierra en la punta meridional de la isla y á un tiro de cañón del campo mexicano. Dos piezas de campaña la defendían; y la goleta cuyo fuego había roto la proa del bote, se hallaba anclada en una pequeña bahía á alguna distancia del fortín.

Galeana sabía ahora en dónde se hallaba el enemigo; conocía su fuerza y sus medios de defensa. El crepúsculo principiaba. Don Hermenegildo hizo formar silenciosamente las filas de su tropa y ordenó conducir los cohetes de señales, á una pequeña colina que se hallaba cerca.

— Muchachos — dijo entonces á media voz — el punto que nosotros atacamos, se toma siempre. Nos encontramos en los instantes de cargar sobre el enemigo, tenemos los pies en la isla. Así pues, podemos anunciar al general en jefe que la isla está tomada y que el enemigo está derrotado.

Sin esperar respuesta, el mariscal aproximó el puro encendido al primer cohete que se le presentó. El cohete se elevó silbando y describiendo sobre el obscuro cielo, una elipse de un rojo vivo; un segundo cohete le sucedió trazando una curva blanquizca; un tercero le siguió dejando tras sí una larga línea de un verde deslumbrador.

— ¡Rojo, blanco y verde, es el pabellón mexicano! — exclamó Galeana. Es la señal convenida con nuestro querido general para anunciarle la toma de la isla. Ahora ya se tiene la noticia en el campo y no podremos desmentirla. ¡Adelante!

Galeana se lanzó al mismo tiempo y de un salto se puso á la cabeza de sus tropas que á su vez se lanzaron á paso de carga guiadas por Costal. Cuando se aproxima-

ban al pequeño fuerte que abrigaba á la guarnición española, un grito de angustia llegó hasta ellos. A través de un claro de la arboleda, la goleta se mostró cubierta de gente rodando y cabeceando entre las olas á corta distancia de las rocas; y en vano sus tripulantes trataban de salvarla de un naufragio inevitable. Sus cables se habían roto y el viento de la borrasca la arrojó sobre un lecho de agudas rocas.

— ¡Sangre de Cristo! ¡Y yo que contaba con esta goleta! — exclamó Galeana. — No tendremos sino los despojos.

Este desastre, pronto conocido en el campo español, lo llenó de confusión; Galeana la aumentó con su terrible grito de guerra que fué seguido por los aullidos furiosos que lanzaban sus soldados cuyo reducido número escondía la obscuridad. Su ataque brusco, sus clamores mezclados á los estallidos del trueno y á los gritos de desesperación de los tripulantes de la goleta, llevaron el espanto de los españoles á su colmo. Los asaltantes hundieron á hachazos las puertas del fuerte. Casi sin presentar resistencia y después de un corto combate cuerpo á cuerpo, una parte de la guarnición huyó y la otra se rindió á discreción.

Apenas acabado de disparar el último fusilazo, la goleta, chocando violentamente contra las rocas se inclinó como un caballo desjarretado por un toro y sus flancos se abrieron. Los vencedores no tuvieron entonces más que hacer que apoderarse de los tripulantes de *la Guadalupe* (así se llamaba la goleta) á medida que escapaban del naufragio.

El sol envió pronto algunos pálidos rayos á través de las nubes esponjadas que parecían flotar sobre el Océano; pero la borrasca no se apaciguó enteramente sino hasta el completo nacimiento del día.

En el momento en que el último de los tripulantes de la goleta tocaba tierra, el fuerte señaló una vela en el horizonte y luego pudo percibirse á lo lejos un navío que huía con la rapidez del rayo.

El huracán parecía lanzarlo contra la tierra y bien pronto llegó á una distancia bastante próxima para que desde la playa, pudiesen distinguirse el equipo y los oficiales sobre el puente.

Costal, Clara y el capitán don Cornelio observaban lo mismo que los demás las maniobras del brick, cuando los penetrantes ojos del Indio se dirigieron con más atención hacia un oficial apoyado en la liza del buque con aire de profunda melancolía.

Su estatura alta y elegante anunciaba el vigor. Su negra cabellera flotaba á voluntad de la brisa sobre su cabeza desnuda y parecía poco preocupado del peligro que corría el barco.

— ¿Reconocen Uds. á ese oficial? — preguntó Costal designándose con el dedo á don Cornelio y á Clara.

— No distingo sus facciones — respondió Lantejas.

— Es el que los tres conocimos en otro tiempo como capitán de los dragones de la reina; ahora es el coronel Tres Villas.

— ¿El que en la batalla de Calderón estuvo á punto de apoderarse del generalísimo Hidalgo? — dijo un soldado.

— El mismo — respondió Costal.

— ¿El oficial que clavó la cabeza de Antonio Valdés en la puerta de su hacienda? — añadió un voluntario de la provincia de Oaxaca.

— El mismo — replicó el Indio.

— ¿Es éste entonces el que se apoderó de la ciudad de Aguas Calientes é hizo cortar el pelo á cuatrocientas mujeres prisioneras? — preguntó un tercero.

— Se dice que tenía sus razones para hacerlo — replicó Costal.

— ¡Pues bien! ¡Si vara aquí, su asunto es claro!

Pero en el momento en que el soldado concluía, un pequeño foque se izó sobre el bauprés del brick, una vela resbaló á lo largo de uno de los estayes y el navío obedeciendo al timón, viró de bordo y no tardó en perderse en lontananza.

Costal no se había equivocado. El oficial pasajero, era el mismo don Rafael Tres Villas quien después de un año de ausencia, llevaba en las riberas del golfo de Tehuantepec, una incurable melancolía.